

JOSÉ PEDRO VARELA

Francisco Bilbao¹

Hay hombres que se convierten en idea, que se hacen luz y que por doquiera que pasan dejan un rastro luminoso. Francisco Bilbao era uno de esos hombres.

Continuar en América la obra que Michelet y Quinet habían empezado en Francia; exhumar el cadáver de Cristo, sepultado durante tantos años bajo la inmensa capa de las preocupaciones; difundir el verdadero espíritu de los Evangelios y hacer de ese espíritu la ley suprema de las naciones; trazar en el vasto cuadro del pensamiento americano la valla inmensa que separa el catolicismo del cristianismo, y mostrar que el uno es la negación de todos los derechos, la anulación del individuo, el rompimiento de todos los verdaderos vínculos sociales, la explotación del débil por el fuerte, del ignorante por el erudito, del pobre por el rico, del creyente por el sacerdote, del laico por el seglar, y que el otro es la proclamación de toda verdad, el reconocimiento de todo derecho, la rehabilitación de la justicia hollada, de toda virtud profanada, de toda verdad escarnecida; predicar incesante la separación de la Iglesia y del Estado, como base de todo progreso, y la unificación del ciudadano y del creyente como elemento primordial de toda democracia; dejar en los surcos del pueblo la semilla del porvenir, y presentar a los hombres, como la carta constitucional de todas las conciencias, los Evangelios: he ahí la misión de Bilbao.

Misión grande y fecunda, pero llena de sinsabores y amarguras, digna del autor de *La América en peligro*, del noble proscrito, que vagaba incesante, perseguido por el anatema de los malos, demasiado poderosos en la tierra, llevando a todas partes la palabra nueva, el espíritu

¹ Artículo originalmente publicado en *La Revista Literaria. Periódico Hebdomedario de Literatura*, Montevideo, 11 de marzo de 1866, Año 1º, nº 46, pp. 761-762, de donde lo hemos tomado en el ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional Argentina. En *La Revista Literaria* se publicaron el poema “A la muerte de Francisco Bilbao” de Luis Rodríguez Velasco, el artículo “Francisco Bilbao” de Antoine Dessus, el anuncio a la “edición de las Obras Completas” hecha por Manuel Bilbao de José Antonio Tavolara, y este artículo sobre “Francisco Bilbao” de José Pedro Varela. Se publicaron asimismo unos “escritos importantes” de Francisco Bilbao –tres textos hasta entonces inéditos sobre la invasión a México y Perú– fechados en 1864. La revista dejó de aparecer en mayo de 1866.

de Dios; iniciando la reconquista de la soberanía del hombre, y alentando con su palabra, con sus acentos y con su ejemplo a los que se sentían desfallecer en el rudo combate.

Joven, cuando contaba apenas 21 años, levantaba en Chile la bandera del racionalismo puro, y en medio de una sociedad fanatizada presentaba el ejemplo sublime de un niño que dejaba apenas el halda maternal, amurallándose tras de las nobles ideas que proclamaba y luchando solo contra la inmensa cohorte de las preocupaciones y de las explotaciones inicuas.

Desde esa época su peregrinación y su apostolado empiezan.

Va a Europa y allí se relaciona y se hace discípulo de Quinet, de Michelet, de Lamennais, de todos los grandes pensadores franceses en la grande época que precedió a la revolución del 48; vuelve a Chile, funda la sociedad de *La Igualdad* y se hace el idolo de los rotos, esos proletarios americanos que marcan sobre la frente del pueblo chileno un baldón de ignominia; es expulsado, perseguido, traqueado como un animal salvaje por las autoridades chilenas; pasa al Perú, continúa allí su prédica, y el gobierno peruano lo arroja también de su suelo; vuelve a emprender un nuevo viaje a Europa, va a Francia, y la encuentra cambiada completamente; sus amigos estaban proscritos o vivían en la oscuridad; el perjuro de Diciembre² remachaba las cadenas que oprimían a la Francia; desesperado va a Bélgica a visitar a Quinet, y de allí, después de visitar nuevamente la Italia, llega a Buenos Aires en abril de 1857; allí vuelve a su predicación con más entusiasmo que nunca, hasta que al fin, vencido su cuerpo por su actividad incansable, entrega su alma a Dios el 19 de febrero de 1865, a los 42 años de edad.

La noticia de su muerte se esparce con la celeridad del rayo por todo el continente americano y va a arrancar un gemido doloroso a todos los libres pensadores de Europa!

El hombre ha muerto. ¿Habrá muerto también la doctrina? ¿Habrán sido inútiles tantos sacrificios soportados, tantos dolores sufridos, tanta abnegación y tanto entusiasmo? En la América, en esa tierra del porvenir, que ostenta a los ojos envidiosos del viejo mundo las galas con que Dios la vistiera, ¿no habrá encontrado eco la predicación de la palabra nueva, y el fanatismo [y la] preocupación podrán en adelante sentarse sonrientes y triunfantes sobre la tumba del guerrero caído, sin que la mano de un amigo, de un sectario de la noble idea, los arroje de allí? ¿Sobre esa tumba del apóstol, será entonar el ¡ay! de la desesperación y declararse vencidos? La emancipación de todas las razas, la libertad de todos los hombres, la unificación de la humanidad entera en una

² Alusión a Luis Napoleón Bonaparte, convertido en 'Napoleón III, emperador de los franceses', en diciembre de 1852.

creencia común, todas esas nobles aspiraciones, ¿será necesario sepultarlas con él y abandonarlas para siempre? ¡No! Su predicación ha sido fecunda. Por todas partes los sectarios de la idea nueva lanzan al aire su grito de esperanza y llaman a sus compañeros al combate.

Las ideas proclamadas por Bilbao se extienden cada vez más y preparan la era de la generación americana, la gran revolución del pensamiento, el año 10 de las conciencias.

Se empieza a comprender ya, aunque confusamente, que para fundar la verdadera democracia es necesario que las creencias religiosas estén en relación con las creencias políticas. Los hombres que en religión profesan la teoría del servilismo mal pueden en política profesar la teoría de la libertad.

Pretender que el creyente pueda ser servil y que el ciudadano sea libre, es querer hacer dos individuos de una misma persona, es buscar el imposible.

El hombre que en materia de religión acepta la infalibilidad de un hombre y reconoce el privilegio de la clase sacerdotal, tiene en política que reconocer la infalibilidad de los gobiernos y el derecho de los mandatarios a dirigir el pueblo a su antojo.

Cuando los pueblos aceptan sin examinar todas las disposiciones de los gobiernos, cuando dejan al poder el cuidado de dirigirlos y de cuidarlos constituyéndose en árbitro supremo, entonces la democracia ha muerto.

Las repúblicas americanas se han agitado siempre heroicamente en busca de la libertad, y han creído dar un paso hacia ella cuando han conseguido copiar las leyes de pueblos que como los Estados Unidos marchan al frente de la moderna civilización, sin fijarse en que no son las leyes las que hacen que los hombres sean buenos ciudadanos, sino los ciudadanos los que hacen buenas esas mismas leyes.

No es letra muerta la que es necesario reformar, sino las costumbres, las creencias, los hombres a quienes esas leyes van a regir; y las costumbres de los pueblos no se cambian mientras no se cambia la religión que profesan. Si esto es incontestable, ¿cómo podrán ser republicanos los pueblos cuya religión es monárquica?

¿Qué es el catolicismo sino la monarquía religiosa? ¿Qué es el papa, sino el rey? ¿Qué es la clase sacerdotal, sino la nobleza?

¿Pueden vivir unidas en la cabeza de un hombre, la idea de la igualdad de todos y la idea de la infalibilidad de uno solo?

¿Se puede ser republicano en política y ser monárquico en religión? ¿Ser católico y ser demócrata? ¡No!

He ahí la prédica incesante de Bilbao. Ataca los abusos, no en los efectos, sino en las causas. La anarquía, no en el pueblo, sino en la religión que la produce. El despotismo, no en los déspotas, sino en las creencias religiosas, que enseñan a los hombres a convertirse en siervos.

Emancipar el alma como el medio más seguro, más positivo de emancipar el cuerpo. Proclamar la soberanía de la conciencia y del individuo, por consiguiente, para tener como resultado infalible la soberanía popular.

Quando la religión es despótica, ¿qué es la libertad?

¿Qué es la libertad de la prensa, cuando no pueden discutirse las materias religiosas?

¿Qué es la libertad del trabajo, cuando no puede trabajarse los días de fiesta?

¿Qué es la libertad de asociación, cuando los cultos disidentes están excomulgados?

¿Qué es la libertad del pensamiento, cuando tiene que detenerse en la puerta del templo?

¿Qué es la libertad del Estado, cuando la Iglesia lo domina? ¿Qué es, en fin, la libertad del individuo, cuando la confesión pone su alma en manos del sacerdote?

Y sin embargo de esto, ¡con qué indiferencia no se tratan siempre las cuestiones religiosas!

¡Cuántos nobles pensadores no han combatido a Bilbao, creyendo que su prédica era inoportuna, y que podría llegarse a la libertad política, sin haber obtenido la libertad religiosa!

¡Cincuenta años de luchas civiles incesantes, ríos de sangre esmaltando fatídicamente las campañas americanas, millares de cabezas rodando los patíbulos, la agitación, la lucha, el martirio perpetuo, no han podido desengañarlos, y esas duras lecciones que nos da la experiencia, se pierden inútilmente!

¡Ah! ¡Si al menos la prédica de Bilbao los iluminara y los hiciera entrar por el verdadero camino que conduce a la libertad!

Hoy que la mano de un noble hermano ha recogido los fragmentos esparcidos del pensamiento del noble proscrito chileno, ofreciéndolos a la América como el Código del porvenir, es cuando más se comprende lo noble de la misión y la grandeza del misionero.

Si las repúblicas americanas no recogen hoy llenas de entusiasmo el fúnebre legado de Francisco Bilbao, estaos seguros de que mañana irán a desenterrar sus obras de entre el polvo de las bibliotecas para mostrarlas con orgullo a las generaciones venideras.

Por nuestra parte, al terminar este artículo, débil ofrenda que tributamos al genio americano, cábenos la satisfacción de haber admirado siempre las ideas de Bilbao, y de recomendar hoy la adquisición de sus obras completas (1) a esa juventud oriental, que lleva sobre sus hombros el vasto porvenir de nuestra patria.

³ *Obras Completas de Francisco Bilbao*. Edición hecha por Manuel Bilbao. Buenos Aires, Imprenta de Buenos Aires, t. I, 1866, t. II, 1865). Precedida de la *Vida de Francisco Bilbao* escrita por Manuel Bilbao, t. I, pp. IX-CCX.

(1) *Obras Completas de Francisco Bilbao*, publicadas por Manuel Bilbao.³ – Se venden en la librería de Lastarria.